

LA ECONOMÍA Y LAS RELACIONES POLÍTICAS INTERNACIONALES (II)

Gonzalo SIRVENT ZARAGOZA



Introducción



En la primera parte de este trabajo vimos que la ciencia económica es fundamental para entender la evolución de la política internacional y cómo el razonamiento económico proporciona herramientas que pueden ser de gran eficacia para influir sobre la situación política, económica y social de los Estados y sobre las relaciones entre ellos, a fin de conducirlos hacia derroteros de estabilidad y progreso.

En particular, se vio cómo el establecimiento de un sistema multilateral de comercio no discriminatorio entre los diferentes países fue decisivo para el nuevo periodo de crecimiento y desarrollo que ha vivido Europa occidental durante toda la posguerra. En realidad, este fenómeno ha sido altamente beneficioso para todo el mundo, habiendo participado en él la mayoría de los países. En los últimos años es de destacar el formidable despegue económico y comercial del continente asiático y la reciente incorporación a las instituciones de Bretton Woods de los países del Este de Europa, alguno de los cuales ya se encuentra inmerso en un claro proceso de crecimiento económico, como es el caso de Polonia.

Pero para completar este análisis es imprescindible referirnos a tres grandes acontecimientos económicos de este siglo: la creación y evolución de la Comunidad Económica Europea (o de las Comunidades Europeas: CEEA, Euratom y Mercado Común), la caída de la URSS (y del modelo económico marxista) y el proceso actualmente en curso de globalización de las economías, así como de gran parte de los problemas mundiales.

La Comunidad Económica Europea

Al finalizar la segunda guerra mundial, tras la traumática experiencia de dos contiendas mundiales y las nefastas consecuencias de la división de Euro-

pa en el pasado, los principales líderes políticos europeos y norteamericanos empezaron a diseñar una Europa unida. En primer lugar, en 1948 se creó la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), impulsada por los Estados Unidos para implantar una gestión común del Plan Marshall, que tan importante habría de ser para la reconstrucción del Continente. Un año después se creó la OTAN y dos años más tarde Francia, la República Federal Alemana, Italia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo formaron la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA).

Tras la creación de la CECA, se produjo sin éxito el intento de crear una comunidad europea de defensa, y de nuevo los políticos volvieron la vista hacia el terreno de la integración económica. Finalmente, el 25 de marzo de 1957 se firmaron los Tratados de Roma sobre la Comunidad Económica Europea (CEE) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEEa), más conocida por Euratom, completándose así las tres Comunidades.

Tras el nacimiento de la Europa de los Seis, sus países miembros vieron como en sólo cuatro años los intercambios comerciales entre ellos se multiplicaban por cuatro, a la vez que duplicaban los efectuados con otras naciones y su PIB aumentaba de forma notable y sostenida. La CEE, desde su comienzo, suponía bastante más que una asociación de libre cambio: no solamente se liberalizaba el comercio entre los Estados miembros, sino que se establecía un arancel exterior común para todos ellos (unión aduanera), así como la libre circulación de bienes y servicios en su interior. Además, se fueron adoptando diversas directivas y reglamentos supranacionales sobre derecho fiscal, derecho mercantil o política agrícola. Había nacido un extraordinario proyecto multinacional de prosperidad económica, paz y bienestar en el Viejo Continente.

Posteriormente, la incorporación del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca en 1972 dio paso a la Europa de los Nueve. Años después, con la incorporación de Grecia, España y Portugal nacería la Europa de los Doce y, más recientemente, con la de Austria, Suecia y Finlandia, la actual Europa de quince Estados.

En este tiempo se ha implantado además un verdadero mercado único (mediante el Acta Única de 1986) más avanzado que el anterior, con plena libertad de circulación no sólo de bienes y servicios, sino también de capitales y personas, convirtiéndose así la CEE paulatinamente en Comunidad Europea y, tras el Tratado de la Unión, en la actual Unión Europea, en la que pronto existirá además una moneda única y se producirán nuevos e importantes hitos. En el Tratado de Maastricht, recientemente reformado, se consolidó además una ampliación de las competencias de la Comunidad, así como la cohesión económica y social entre sus miembros, al tiempo que se estableció una sólida colaboración intergubernamental, en particular en el terreno policial y en el de la política exterior.

Realmente se trata de un proceso sin precedentes, lento pero imparable, del que ha surgido la primera potencia comercial del mundo y un ente político

que podría tener en el futuro un gran peso en las relaciones internacionales, no sólo en lo económico, que ya le corresponde de pleno derecho, sino en su más amplia acepción.

Como consecuencia de la creación de esta nueva Europa, el crecimiento económico de sus países ha sido espectacular. Así, desde su creación hasta 1973 el crecimiento del PIB de los Estados miembros se mantuvo en cotas superiores al 5 por 100, habiéndose estabilizado en los años posteriores en torno a un 2,6 por 100 de media, cifra más que aceptable si se tiene en cuenta la existencia de tres importantes crisis económicas en 1973, 1978 y 1992, de alcance mundial y duraderos efectos negativos sobre todas las economías. Actualmente, los países de la Unión Europea comercian entre sí el 70 por 100 de sus intercambios, habiéndose generado entre ellos una gigantesca interdependencia y una gran comunidad de ideales. Por su parte, los países de Europa del Este se encuentran sumidos en profundos procesos de asentamiento de la economía de mercado y se agolpan a las puertas de la Unión Europea, esperando con ansia el momento de acceder a ella.

Hoy en día, los quince países de la Unión Europea generan un PIB anual superior al de EE. UU. y forman el primer ente comercial del mundo, con unas exportaciones de mercancías y servicios que suponen el 43 por 100 de las mundiales, incluyendo las intracomunitarias, y el 25 por 100 si se excluyen éstas.

En definitiva, la concepción global de una Europa sin vencedores ni vencidos y de la economía del Continente como un todo, impulsada con acierto tanto por EE. UU. como por los «padres fundadores» de una nueva Europa (Schuman, Monnet, Spaak...) en la posguerra, ha sido absolutamente determinante para llegar a la situación actual, que afortunadamente en nada se parece a la vivida en la primera mitad de este siglo.

La caída de la Unión Soviética

El sistema de economía marxista que se implantó y vivió largos años en la Unión Soviética tuvo en su haber importantes logros. Estos logros se produjeron en materia de armamentos, en la carrera por conquistar el espacio e incluso en la consecución de un elevado ritmo de crecimiento económico durante muchos años, si bien a costa de un reparto muy distorsionado de la producción y la riqueza. De hecho, la URSS fue una gran potencia a costa de mantener a su población en un nivel de vida muy bajo, en una época en la que en Occidente sucedía todo lo contrario, y a costa de no producir artículos que hubieran mejorado notablemente el bienestar de sus ciudadanos, mientras en su lugar invertía ingentes cantidades en investigación militar y en la producción de toda suerte de armamento nuclear y convencional.

En esta situación se llegó a la segunda mitad de la década de los ochenta,

momento en que los líderes soviéticos empezaron a percibir que su modelo de crecimiento estaba agotado: la economía frenó su crecimiento, al tiempo que se iniciaba una nueva revolución tecnológica mundial de la mano de la informática y las comunicaciones, en la que se iban quedando rezagados. En ese momento, el presidente Reagan impulsó una nueva carrera de armamentos, basada en nuevas y poderosas tecnologías punta, que requería cuantiosas inversiones, y la economía soviética se mostró incapaz de seguirla. Al mismo tiempo, el ciudadano ruso, de la mano de la *glasnost* (política de transparencia informativa) y de unas mejores comunicaciones con el resto del mundo, empezó a descubrir que el nivel de vida en Occidente era muy superior al suyo.

La *perestroika* trajo consigo unos años de desconcierto y progresivo deterioro de la situación. Finalmente, se produjo un intento de golpe de estado en el verano de 1991, mediante el que diversos líderes, asustados ante los inciertos resultados de la *perestroika* y de la *glasnost*, intentaron volver al pasado. El golpe terminó provocando la desintegración de la URSS y el nacimiento de quince nuevos Estados independientes. Como consecuencia, los engranajes de unas economías enormemente interdependientes se frenaron súbitamente, consumándose la disolución de un imperio y de un sistema de producción en el que, hasta entonces, todas las grandes decisiones económicas —qué bienes había que producir, en qué cantidad y a qué precio—, eran tomadas por el Estado.

Frente a ello, en las economías de mercado —antítesis de las economías comunistas— dichas decisiones son tomadas por los consumidores y productores, mediante la interacción de sus ofertas y demandas de productos. Éstas orientan las decisiones de unos y otros, permitiendo alcanzar un punto de equilibrio en la producción de los diferentes bienes, en el que todos están satisfechos: los consumidores obtienen los bienes que desean y los productores un beneficio resultante de su actividad empresarial, altamente basada en la iniciativa privada. Además, los mercados tienden a un precio de equilibrio en el que las cantidades producidas igualan a las demandadas.

Pues bien, al desaparecer la URSS no sólo desapareció súbitamente ese Estado que tomaba las grandes decisiones económicas, sino que los importantes intercambios comerciales entre las Repúblicas se atenuaron bruscamente o incluso desaparecieron con su caída, lo que generó una grave crisis económica en los nuevos países. Téngase en cuenta que la mayoría de las grandes empresas soviéticas recibían materias primas, maquinaria o bienes intermedios —imprescindibles para su funcionamiento— de otras empresas repartidas por las diversas Repúblicas o países de su área de influencia y que, del mismo modo, cuando las primeras obtenían sus productos finales, los remitían en gran parte hacia otras Repúblicas o países. El sistema funcionó mientras existía una autoridad suprema planificadora.

Sin embargo, al producirse la disolución de la Unión Soviética y pretenderse que las relaciones entre los diferentes actores económicos se basaran en

el libre mercado, se dejaron de fabricar súbitamente grandes cantidades de productos que, o bien podían adquirirse en otros países a precios más baratos, o bien tenían un coste de producción excesivo, por lo que resultaba más apropiado fabricar otros más económicos o más demandados por la población. En otros casos la explicación era más sencilla: no se recibían las materias primas y productos intermedios necesarios para su fabricación. Otras veces, por último, resultaba más razonable vender los productos fabricados a países que los adquirirían a mejor precio, o a los que, sencillamente, se pretendía comprar a cambio bienes demandados por la población y que la economía soviética no producía en cantidad, calidad o coste adecuados.

Tales fueron algunos de los importantes efectos distorsionadores y reductores de la actividad económica que se produjeron al intentar pasar *rápidamente* de un sistema de producción a otro. De hecho, hubiera hecho falta más tiempo para crear una infraestructura económica, legal, bancaria, de formación del personal directivo, etcétera, imprescindible para implantar con éxito el nuevo modelo.

El caos resultante fue claro: una fuerte depresión de las economías de los quince nuevos Estados, con un ritmo anual de disminución del PIB comprendido entre un 10 y un 20 por 100; aparición de una elevada inflación de precios, anteriormente oculta por la rigidez de la planificación existente; drástico empobrecimiento de muchos sectores de la población; desconcierto, descontento y aparición de poderosas mafias aspirantes a controlar los mercados, entre otros efectos.

Esta es la situación que se ha vivido en las Repúblicas de la antigua URSS en los últimos años y, en menor medida, en los países del Este de Europa. Hoy en día, algunos de estos últimos ya se encuentran saliendo de la crisis —en particular Polonia, la República Checa, Hungría y Eslovenia—, gracias a su proximidad a Europa occidental y a no haber olvidado plenamente el funcionamiento de una economía de mercado que conocieron antes de la segunda guerra mundial; otros continúan una lenta recuperación (Eslovaquia, Rumania, Bulgaria...) y otros, en particular Rusia y las antiguas Repúblicas soviéticas, no terminan de enderezar la evolución de sus economías a pesar del tiempo transcurrido, planteándonos un futuro incierto y preocupante.

La globalización

Hemos visto que con la caída de la URSS, los países que anteriormente mantenían economías planificadas volvieron los ojos hacia Occidente e intentaron la rápida conversión de aquéllas en economías de mercado similares a las existentes en el resto del mundo. Este proceso de unificación entre países que durante muchos años se habían regido por sistemas antagónicos,

coincidió con otros fenómenos tendentes a imponer un fuerte carácter globalizador en las relaciones económicas internacionales, a saber:

- Establecimiento de plena libertad de circulación de capitales en la Unión Europea y disminución de las restricciones anteriormente existentes para dichos movimientos en los países de la OCDE.
- Revolución informática en los mercados bursátiles y de cambios, que permite efectuar importantes e instantáneas transacciones a/desde cualquier parte del mundo.
- Firma de la Ronda Uruguay del GATT, que consolidó un largo proceso de supresión de aranceles y otras barreras al comercio internacional de bienes y servicios, haciéndolo más libre que en el pasado.
- Importante proceso de crecimiento económico e industrialización del Sureste asiático, apareciendo un importante grupo de países que exportan productos similares a los fabricados en Occidente, pero mucho más baratos gracias al pago de salarios notablemente inferiores.
- Internacionalización de las grandes empresas, que cada vez invierten más en el extranjero, aprovechando las ventajas comparativas de los diferentes países en los costes de las materias primas, mano de obra, legislación, etcétera.

Todos estos fenómenos se han presentado simultáneamente en una importante concatenación de causas y efectos. Así, por ejemplo, como consecuencia de la mayor libertad de circulación de capitales se pueden aprovechar unos nuevos medios informáticos por los que se recibe información y se pueden emitir órdenes de compraventa a la velocidad de la luz. Ello posibilitó y acrecentó dos importantes crisis del sistema monetario europeo en 1992 y 1993, que forzaron una drástica ampliación de sus bandas de fluctuación y expulsaron a la libra y la lira fuera del sistema. Posteriormente se produciría la grave crisis monetaria de México, que obligó a EE. UU. —miembro del NAFTA junto con México y Canadá— a emitir importantes empréstitos, devaluó el dólar en los mercados internacionales, perturbó de nuevo los mercados de divisas en Europa y dañó de forma importante la economía de muchos países suramericanos.

Asimismo, la libertad de circulación de capitales ha favorecido la implantación de empresas en cualquier parte del mundo y el proceso de internacionalización empresarial en curso. Este último, a su vez, ha favorecido el crecimiento económico de los países del Sureste asiático —cuya mano de obra es mucho más barata y, por tanto, resultan más atractivos para el inversor extranjero—, así como el importante incremento del comercio internacional de los últimos años. Naturalmente, la firma de la Ronda Uruguay también contribuyó a promover este incremento en las transacciones comer-

ciales entre países, haciéndolas más libres, lo que a su vez se ha visto favorecido por la revolución informática en curso. Y así sucesivamente.

Las consecuencias más importantes de todo este amplio proceso son que el mundo se ha hecho global, las economías tremendamente competitivas y los países más interdependientes. Tal es el fenómeno de globalización que estamos viviendo.

Dicho proceso, de nuevo íntimamente ligado a causas de naturaleza económica, afecta muy directamente a Europa. En efecto: la elevada fiscalidad en los países de Europa occidental, que gravita sobre sus empresarios —necesaria para que los gobiernos puedan hacer frente a los gastos del Estado de bienestar, heredado de la posguerra— el elevado salario de los trabajadores y la rigidez del mercado laboral —que dificulta el cierre y apertura de nuevas empresas, la contratación y el despido—, son factores específicos de nuestro Continente que hacen a las economías europeas menos competitivas ante el resto del mundo. Como consecuencia, el nivel de desempleo en Europa no cesa de aumentar, estando situado en la actualidad en torno al 12 por 100 —frente a un 5 por 100 en EE. UU. y un 3 por 100 en Japón—. En particular, en EE. UU. los gastos sociales son muy inferiores, el despido es libre y su mercado laboral muy flexible comparado con el europeo. De hecho, mientras en los últimos 20 años Europa ha creado solamente entre 8 y 10 millones de nuevos puestos de trabajo, Estados Unidos —con una población similar— ha creado 35 millones y Japón —con una población mucho menor— otros 10 millones.

Este problema es muy serio y no se vislumbra una solución sencilla. A él debe unirse, además, el planteado por la necesidad de un capítulo presupuestario creciente para satisfacer el importe de las pensiones de jubilación, fruto de la evolución de la pirámide poblacional, del incremento de la esperanza de vida y del propio desempleo. El conjunto de todos estos factores hace que los europeos que cuentan con un empleo tengan que sostener a un número cada vez mayor de parados y retirados. Tal es la crisis del Estado de bienestar que estamos viviendo y que, como se ve, afecta a la Unión Europea de forma singular.

Conclusiones

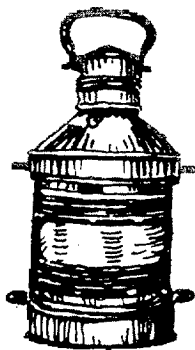
La concepción de una Europa unida, que se plasmó en la creación de las Comunidades Europeas, ha demostrado ser el embrión de un extraordinario proyecto de paz, estabilidad, cohesión y bienestar para sus ciudadanos. Este proceso, alumbrador de la actual Unión Europea, continúa un camino lento pero imparable hacia nuevos e importantes hitos.

La caída de la Unión Soviética se produjo por el agotamiento del modelo económico marxista de producción y la implantación de una política que

autorizaba la transparencia informativa, abriendo el camino de las libertades a una población con un nivel de vida muy bajo, oprimida durante años y que aspiraba a un mayor nivel de bienestar.

La fuerte depresión económica en la que se han visto inmersos los países que alumbró la extinta URSS tras el golpe de estado de 1991, se debe a la súbita ruptura de sus intercambios comerciales y al intento de efectuar una transición excesivamente rápida hacia la economía de mercado, sin contar con una infraestructura y un plan de transición adecuados.

En los últimos años se está afianzando un importante proceso de globalización de la economía mundial que obliga a todos los países y entes económicos supranacionales a ser más competitivos internacionalmente. Este proceso afecta especialmente a la Unión Europea, a la que plantea interrogantes muy serios con respecto a la viabilidad de su tradicional concepción del estado de bienestar.



BIBLIOGRAFÍA

- INFORMACIÓN COMERCIAL ESPAÑOLA: *La nueva CEE. La perspectiva comunitaria.*
TUGORES QUES, Juan: *Economía internacional e integración económica.*
CANALS, Jordi: *La internacionalización de la empresa.*
ESTEFANÍA, Joaquín: *La nueva economía. La globalización.*